

**Hojas del árbol caídas.**

*Cual pájaros vivos se desatan las hojas de los árboles... Describen mágicos círculos en el aire, empujadas por el viento, y se posan en el suelo con un leve crujir de agonía. Quizás las levante aún el viento, pero ya no asemejan pájaros; triste amasijo de alas rotas. Alas multicolores. Mariposas de coleccionista; sin vida, hirientes.*

*Compensa la tristeza del otoño su orgía de colores. Tanto color, que uno mira y contempla la lluvia que cae, pensando encontrar en ella hilillos de sangre y oro, hebras azules... Pero la lluvia es blanca, transparente. Es en la tierra misma, donde acaso se produzca el milagro.*

*Quizás, y dando razón al poeta, el estallido cromático que caracteriza el otoño no sea más que el rubor y la nostalgia de cada ilusión perdida, las lágrimas del corazón que perdió ya toda esperanza.*

*Otoño es triste. Triste lo han cantado los poetas. Solamente los pintores, enamorados y embriagados de luz, han sabido dar de él una nota optimista.*

*No obstante, en una tarde otoñal, uno, casi sin querer, recuerda a Rilke:*

*«Quien casa ahora no tiene, ninguna construirá [ya; quien ahora se halla solo [lo estará largamente; velará, leerá, escribirá [amplias cartas y vagará por las avenidas [de aquí para allá, inquieto como el vuelo de [las hojas.»*

# AVANCE

SAN FELIU DE GUIXOLS 24 DE OCTUBRE 1957 - NÚM. 504 - AÑO X

## Valencia está de luto



A veces en la búsqueda de un tema para esta sección la suerte nos depara una feliz contingencia y la pluma puede complacerse enhebrando una sarta de elogios y florilegios alrededor de un acontecimiento placentero. Un fausto local o nacional de aquellos que invitan a llenar unas cuartillas, porque se sabe de antemano que para hacerlo podremos hacer uso de cuantas florecillas nos brinda el lenguaje para celebrar los hechos gozosos.

Esta vez desgraciadamente, el tema surgido de improviso, inesperadamente, es de aquellos que solamente pueden registrarse con palabras tristes, escritas con jugo de lágrimas.

Valencia ha sido víctima de una gran tragedia. Las fuerzas de la naturaleza, alocadas, han descargado sus iras sobre la riente ciudad levantina y sus comarcas colindantes. Cultivos, hogares, comunicaciones y vidas humanas han sido arrastrados por la furia ciega de las aguas. El apacible Turia, vivificador de la fértil tierra valenciana, surco enriquecedor de sus huertas y jardines, admirados por todo el mundo, se ha transmutado de la noche a la mañana en un ogro destructor, y ha llevado la desolación y la muerte allí donde reinaban la prosperidad y la alegría.

Valencia, risa de España, vergel de la costa mediterránea, lleva hoy crespones de luto y vierte lágrimas de desconsuelo. Las pérdidas materiales se cuentan por miles de millones, y son a cientos las familias que han quedado sin albergue y han perdido todo cuanto poseían. Y lo que es peor todavía, y hace aun más patético el cuadro de la tragedia, muchos son los que han perdido para siempre sus seres mas queridos. Pérdidas éstas las más sen-

tidas, pues por terribles que sean las pérdidas de bienes, bien sabemos que no hay pérdida igualable en el seno de una familia como la de una madre, un esposo o un hijo.

En la lotería de la fatalidad ha tocado esta vez la infausta suerte a nuestros hermanos valencianos, como otras veces tocó a otros y en cuya clase de azares

nadie puede considerarse a salvo con seguridad a pesar de tanta ciencia como el hombre de hoy posee, no ha podido aun — y quizá no lo podrá jamás — dominar las fuerzas meteóricas, sometiéndolas a vasallaje para su bienestar. Estas actúan liberrimamente, repartiendo sus dones y maleficios según leyes de casualidad hasta ahora, imprevisibles.

Ante tamaños accidentes, sólo le queda al hombre un asidero para no dejarse anorrear por el pesimismo: la fe en un más alto destino que el de este mundo terrenal. Y en el plano de las relaciones entre los pueblos y comunidades la confianza en una cada día más estrecha amistad y colaboración, a fin de que sean más llevaderas las contrariedades que, como ésta tan horrible que hoy comentamos, el azar nos depara cuando menos lo esperamos.

Una muestra de como existe el sentimiento de fraternidad en el pueblo español ha quedado patente a raíz de este luctuoso acontecimiento. De todas las regiones peninsulares han partido mensajes de ayuda a favor de las víctimas, y los actos de abnegación y generosidad registrados estos días demuestran y corroboran la fama de hidalguía de que se ha hecho acreedora nuestra raza a través de la Historia. Sin menospreciar la ayuda venida de más allá de las fronteras patrias, a través de la Cruz Roja internacional y otras entidades beneméritas, públicas y particulares.

Dentro de la pena que aflige a nuestros compatriotas de Valencia, estas demostraciones de solidaridad han de ser un lenitivo a su angustiada situación. Después de lo humanamente irreparable, mucho se puede hacer para que vuelva a renacer cuanto antes la normalidad a nuestra hermana región levantina.